

desflechado, a veces, en admoniciones: "Que todos nos mojemos. Que nos mojemos todos/ hasta el alma misma".

Su prologuista, Juvencio Valle, dice que Escobar "clava los ojos, y personas, paisajes y objetos aparecen, enfocados con unos relieves y unos ángulos que antes nunca fueron vistos".

*Cirial-Situaciones* tiene originalidad. Sus poemas, cual largas letanías, plantean ciertos problemas.

¿Será el hombre un cirio que arde sin consumirse? El poeta da cima a su periplo poético, diciendo: "No se imagine usted que estoy/ tratando de parecer un héroe. O un mártir./ Yo sólo he sabido a tiempo que alguna secreta red hay/ a cuyo oscuro nudo sin saberlo obedecemos".

VICENTE MENGOD

<https://doi.org/10.29393/At395-28LBBR10028>

*La brecha*, de MERCEDES VALDIVIESO. Prólogo de Fernando Alegría. 2ª ed., Santiago de Chile, Zig-Zag, 1961. 142 páginas

Mercedes Valdivieso se da a conocer en el campo de las letras con *La brecha*, una novela. La obra ha tenido dos ediciones en el año, lo que es señal de elocuente éxito de librería. Ante el lector asoma, al abrir sus páginas, una advertencia singular: "El personaje de esta novela no tiene nombre, pero podría ser el de cualquier mujer de nuestra generación". Comprobamos, así, que la protagonista está insinuada hacia un plano más genérico. El lector se introduce en el pensar de una mujer no identificada, eso sí que ella es representativa de una generación, que la autora denomina y especifica como "nuestra". ¿Qué atrae en la historia de dicha mujer?

Desde su abrupto comienzo, la novela coge. Además, ágil anzuelo es la audacia que revisten sus frases iniciales. Es la propia mujer quien cuenta sus experiencias. Entonces, para el lector, la historia se hace convincente. La mujer es narradora de su senda vital y de su mundo, es decir, todo en la novela aparece con la perspectiva de la protagonista. De allí esa cualidad autobiográfica, íntima, si se quiere, que tiene la obra y que hace asociar los sucesos ficticios a la vida o historia auténtica de Mercedes Valdivieso. Tenga o no rasgos de ella esta novela, trasparente el sentir de su creador. Se inicia el relato con el hecho distintivo del casamiento. Y no uno cualquiera, sino uno en el que la mujer no se siente efectivamente comprometida. Con ella se ha llevado a efecto una convención social más. De allí para adelante, los hechos van precipitando una conclusión prevista y necesaria a la novela: la desvinculación de los contrayentes. La mujer se parapeta en sí misma, en un comienzo, porque las amarras de esta convención tradicional —efecto de un "porque sí"— son difíciles de cortar, dado un ambiente rígidamente establecido. Se rebela contra un acto de fórmula. Su carácter no es para ello. Entonces, la novela se convierte en obra-testimonio, en denunciadora. El escenario, descrito con hostilidad —recordemos que está presente la perspectiva de la protagonista en toda la obra—, refuerza y da autenticidad a los sucesos: allí aparece la sociedad burguesa occidental. Dentro de ese marco, funciona, como desiderátum, lo típico.

El movimiento de la trama se desarrolla conforme la manera de ver de la mujer. Ella acoge escenas y diálogos de épocas anteriores a su vida de casada, con los cuales da base y caracterización a los hechos. Además, como recurso

técnico, la narración se interrumpe, a veces, con un monólogo interior absoluto, dispuesto tipográficamente entre paréntesis. Ella quedó huérfana de padre a temprana edad. La tuteló su abuela por parte de madre; esta última persona debía trabajar para sostenerse a sí misma y a su familia, constituida, también, por un joven, Andrés, hermano de ella, la protagonista. La niña pudo trasladarse del liceo común a un colegio de monjas, en cuanto la situación económica fue más holgada. Con ello se satisfacían claros intereses familiares. La rebeldía que denotó desde pequeña es prolongación de la de su padre. Solía decirle: "Eres como yo, un poco hijo del Diablo; pero no hay que temerle, es positivo, todo el progreso se lo debemos a él". En su memoria recuerda esos instantes de ambos: "Se reía y me besaba estruendosamente. Crecí oyendo contar anécdotas sobre sus rebeldías" (página 28). Sus años juveniles los sintetiza diciendo: "Momentos oscuros de la adolescencia, de sueños sobresaltados. De la atmósfera pía de las monjas, a casa, sin complicaciones religiosas, más bien laica. Mamá, a veces, nos acompañaba a misa y punto" (página 16). A los diecinueve años se casó con Gastón. Desde entonces, se presencia el alejamiento de la mujer para con él, su familia y los rasgos de una sociedad caduca.

Ahí reside el conflicto de la novela. Es un desarrollo, anotado loco y rápidamente, de la vida de una mujer casada absurdamente. La rebeldía brotó desde el momento justo de la ceremonia, frente al altar. Todo ese cuadro está marcado por el punto de vista de la mujer. El marido, Gastón, también lo está. Sabemos, así, que "era hijo único y aún no se cortaba el cordón umbilical firme como para dos. Cualquier intento de romperlo resultaba demasiado fuerte, se sacudía dolorosamente ante la libertad que yo representaba. Mi suegra me respondía con terribles reservas. Su hogar era un santuario con imágenes piadosas y la Virgen ocupaba entre ellas lugar preponderante. El culto a la madre, instrumento de poder femenino, habíaselo dado a beber en la leche de sus pechos" (página 21). Era abogado y mostró, al contraer matrimonio, su carácter absorbente y celoso. Hombre de una pieza, representante de una familia intransigente y rígida. Para el lector esa valoración de Gastón en manos de la mujer es aceptable, pese al enlace que ata a los dos. Además, puede apreciar un procedimiento narrativo: la burla.

El tono particular de la novela se mueve entre dos polos: el de la crítica y el de la sátira. El estilo —sintético y dispar— trasparenta ese modo. La obra tiene vehemencia por apuntar hacia una sociedad y hacia psicologías entrabadas por tradiciones que se creen falsas. Señala una burguesía y una institución social —la familia— en crisis. Fundamental en el desarrollo novelesco es la actitud de la protagonista, la mujer, ser rebelde y suficiente. La antipatía que ella manifiesta no decae en momento alguno. Ella es víctima propiciatoria de un orden de cosas ajeno a su real arbitrio y conciencia. Dibuja, entonces, una sociedad a brochazo limpio: es un "mundo de las horas de almuerzo, del dedo en alto, guardián de la castidad de las niñas". La narración, sin gracia, dispara humor: "Antes de los veinticinco años debía adquirir un hombre —*sine qua non*— que velara por mí, me vistiera, fuera ambicioso y del que se esperara, al cabo de cierto tiempo, una buena posición: la mejor posible" (página 13). El viejo motivo de la subasta de una mujer entra aquí en juego. La sociedad, desde antiguo, ha sido castigada por estas costumbres: "Todo el mundo —escribe la narradora— estaba de acuerdo en que un marido era absolutamente indispensable" . . . Y todo el mundo

no puede equivocarse . . . Han sido los demás, lo estatuido, si se quiere, lo que forzó a dar tal paso a la mujer de la novela, y pese a sus diecinueve años, "voluntad firme, pasión, belleza; un parecido físico extraordinario con mi padre, muerto hacía mucho tiempo; exuberante, de una gran sensualidad" (página 13). Se siente desamparada en su inconformismo con la desaparición de su padre y su casamiento con Gastón no es más que el punto crucial de su responsabilidad. En la página 17 se explica a sí misma: "Desde ese momento todo tenía que precipitarse porque la perspectiva de salir de casa me parecía de posibilidades ilimitadas. Bajé la cabeza, me tiré por la ventana, sin pensar que junto a ella estaba la puerta por abrirse". Y más abajo agrega: "Porque intuía que ese mundo que me rodeaba no merecía crédito". La protagonista está allí de cuerpo entero. Encierra en su rebeldía un desengaño. Preguntamos ahora, ¿es culpable? No, porque sería desconocer las imperfecciones de una sociedad preformada, llena de averías. ¿Responsable? Sí, pues con su rebeldía crió un egoísmo, una apetencia de salvación propia, desquiciadora. La libertad de sus anhelos es un arma contra otros y no a favor de ella. Toda clase de atadura es para su cuello una soga insoportable. Su voluntad de "emancipación" es crítica, dentro de una sociedad manifestada como caduca e hipócrita. Transfiere su inconformismo a la sociedad. Está bordeando en su mente una concepción de la vida como absurdo. El momento clave es una "aventura amorosa". De Gastón ha tenido un hijo, Sebastián, que es muro de contención de su odio al marido. Con fruición luce rencor y orgullo. Entonces, la aventura con el arquitecto constituye el hilo de Ariadna que ilumina su conciencia. Ha participado, indirectamente en ello, una amiga, Marta. Ante su amante decide partir camino a la brecha: "Tú me enseñaste que se podía andar con soltura, sin muletas; voy a tratar de ensayarlo. No sé cuando será el momento de dejar atrás todo lo que me hizo inválida tanto tiempo" (página 55). Este episodio se repite más adelante. Esta vez no presionan las "barreras sociales". El nuevo amante es Carlos, médico, hombre maduro y viajado como el arquitecto. Marta también se mueve en los contornos. La mujer ha logrado su anulación matrimonial y vive en un departamento con su hijo, Sebastián. Como el resto de la ficción, Carlos presenta una conducta propia del tipo: presiente la necesidad de un cambio en su mundo interior. Es el mismo presentimiento de ella, de Marta, del arquitecto, del sector que se mueve con liberalidad, sin prejuicios. "Desde que lo conocí, esa noche en casa de Marta, siento mi juventud vitalizada. Soy libre para tomar lo que me agrada. No iré y le pediré que venga. No es lo mismo, acá no disponemos de esa libertad que él está deseando, pero se sentará en el suelo, a mi lado, y pondrá su cabeza sobre mi pecho. Volverá a rogar que me case con él y yo volveré a postergar mi contestación. ¿Hasta cuándo? No lo sé". Y más abajo: "Las circunstancias tampoco le han sido placenteras, como a nadie en esta época. Ambos hemos vivido, lo que equivale a decir, hemos padecido. Pero no ha fracasado, no ha conocido ni oído, como yo, el estrépito de la represa que se rompe ni la lucha por sostenerse después, braceando en la corriente para sobrevivir" (páginas 140 y 141). Esa es la superioridad que estima tener ante los demás y la sociedad. La mujer trabaja como secretaria de una oficina de gerentes, mientras su hijo está en manos de personas de servicio. Le gusta no responsabilizarse de nada. Lo hace sólo por sí misma. Su rebeldía la conduce a un modo de existencia que se apoya en algo impreciso: su destino no es trabado. Sus actos y su conciencia carecen del sentido

vital. No se pregunta por lo próximo. Ni mucho menos por su responsabilidad de madre. Ronda, sin embargo, por su cabeza una satisfacción mezquina, la de poseer libertad, sin más. Piensa: "... me he preguntado muchas veces si lo nuestro tenía fatalmente que fracasar, como consecuencia de construir sobre este derrumbe diario, sobre estos cimientos deshechos". ¿Y la mujer no llevaba ya en germen su separación? Como personaje, encierra hasta inconsecuencia. Y prosigue: "La ley afirma ahora que hace ocho años lo que se realizó entre él y yo fue un contrato sin validez, nulo; por lo tanto, cualquier matrimonio futuro sería el primero para nosotros, y lo creo en la medida en que esta vez tendría libertad y conciencia para efectuarlo. ¡Libertad!" (página 142). Dentro de los márgenes mezquinos que la sociedad le dispensaba al personaje, pudo efectuar su primer casamiento con la misma libertad conseguida tras vanos esfuerzos. De la casa quiso huir. Del contrato, consiguió la solución más acomodaticia.

La novela titulada *La brecha* no logra hacer del personaje que la sostiene un ser proyectado con sentido vital, pese a que en sus páginas se halla el mero curso de una vida en una de sus tantas etapas. Si la mujer quiere representar a "cualquier mujer de nuestra generación", tampoco lo logra, puesto que su historia tiene por sustancia un marco desquiciado de un mínimo grupo social, quizás del mismo que se sabe ya consabidamente como corrupto. La novela pasa a ser una obra con un problema apetitoso y llevadero, pero en su realización hace notar que el mundo de la ficción requiere algo más que eso. Los personajes carecen de relieve, salvo el de ella, la mujer; falta tersura en la encadenación de sucesos, y hay escasos recursos para satisfacer una soltura de estilo capaz de recrear literariamente.

*Benjamín Rojas Piña.*

*Poemas de mi cabeza*, de XIMENA ALLEN.

El Norte Verde, que prende en nuestro espíritu como paraíso ardiente, como denso choapino de valles y serranías donde se esponja la carne, se melifica la pulpa de los frutos y brotan los jugos dilectos, diríase que sólo habría de definirse en el feliz proceso de la materia. Podría pensarse que el tiempo se detuvo allí en la imagen de un Eldorado, en que el dolor fue barrido. En respuesta al espejismo, dijimos no hace mucho cómo hiere en este Norte Verde el contraste de la opulencia de un valle con la encostrada y salvaje aridez del cerro contiguo, de la riqueza del caserón patronal y la ruca del inquilino. En el trance humano, Gabriela Mistral ordeñó con sus morenas y celestes manos las ubres duras o mórbidas de estos cerros y estos rincones. Un edén no habría alentado el bravío vuelo de su verso cordillerano.

Pues bien, cuando acabábamos de caminar sobre ese largo y abrupto Norte Verde que vive ansioso de lluvias y de tranques, que hace fiestas cuando llega casualmente hasta él un aguacero que se extravió desde el sur, una muchacha rubia, Ximena Allen, todavía una niña, de cabeza traviesa y consentida, puso en nuestras manos un libro de poemas nacidos en esa tierra. "¿Usted, poetisa? ¿Es posible?" "Sí, el libro lo edité a los trece años". Iba a preguntarle: "¿Y las muñecas?"; pero recordé que el siglo estaba en su segunda mitad y la era romántica había terminado en el mundo y en Chile en 1918, a más tardar con la Primera Guerra Mundial... Ximena Allen, de seguro, a los trece años